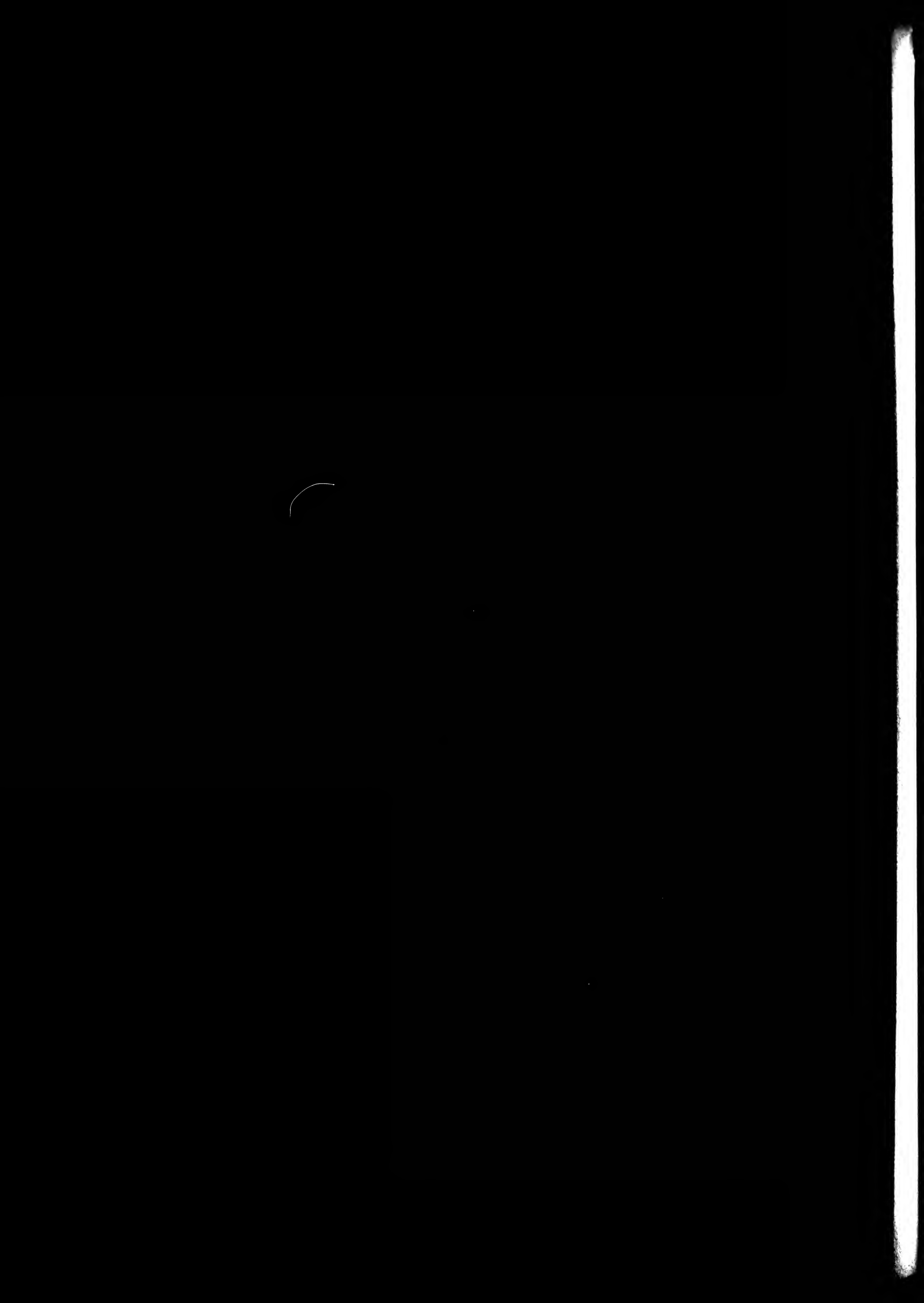
Historia militar del valiente general

Madrid

[1894?]

Reel: 41 Title: 3



(CINCO PLIEGOS)



HISTORIA MILITAR

DEL VALIENTE GENERAL CAUDILLO

EXCMO. SR. D. ARSENIO MARTÍNEZ DE CAMPOS

CAPITAN GENERAL DE LOS EJÉRCITOS NACIONALES

DESPACHOS:

MADRID
Hernando, Arenal, 11.

BARCELONA
Bou de la Plaza Nueva, 13.

EL HÉROE DE CATALUÑA.

I.

Uno de los caractéres más valientes y más notables que han descollado en la pasada guerra civil es, á no dudarlo, el del bravo militar D. Arsenio Martinez Campos, hoy Capitan general de los ejércitos españoles, y hoy tambien uno de los personajes que, á causa de su talento y pericia han logrado subir con más rapidez y más justicia la escala de todos los ascensos de la penosa carrera de las armas.

Como á su valor, á su actividad y á su inteligencia se debe, en gran parte, la pacificacion de España, nada más justo que popularizar las acciones de su vida, puesto que así es como se consigue perpetuar las virtudes civiles y los hechos inmortales de aquellos que, como el héroe que nos ocupa, logran el aplauso de la posteridad. Aun recientes están las brillantes páginas de su historia en las montañas de Cataluña y de las Provincias vasco-navarras; y por lo tanto, vamos á escribir los sucesos que corresponden al que nosotros con justo derecho llamamos El Héroe de Cataluña.

La ínclita ciudad de Segovia, tan ilustre por su antigüedad como tan célebre por sus monumentos y su famoso acueducto romano, fué la cuna del general Martinez Campos. Hijo legítimo de D. Ramon Martinez de Campos, brigadier de ejército y secretario que fué de la Direccion general de Estado Mayor, y de Doña Rosa Anton, vino al mundo por el año de 1831, en ocasion en que sus padres pasaban por la ciudad referida para dirigirse á Salamanca, de donde D. Ramon Martinez Campos habia sido nombrado Comandante general.

Las noticias que tenemos recogidas de la infancia del general, no dejan de ser curiosas; pues, ya por sus detalles, ya por su conjunto, revelaban y predecian el precoz ingenio y el brillante porvenir de nuestro héroe. Criado bajo los principios militares, su carácter se amoldó, desde luego, á la rectitud severa de ciertas prácticas, que le hubieran de servir

de norma constantemente; así es, que desde niño se hizo estudioso y aplicado, por lo que sus padres no podian menos de celar, llenos de legítimo orgullo, por la penetracion del jóven Arsenio. Las distracciones de éste eran completamente militares; organizaba á los muchachos en forma marcial, se constituia en comandante de ellos y no faltaron pendencias y jornadas infantiles, á donde se guerreaba con el ardor que es propio de la juventud. Se ha dicho por algunos que pretenden conocer los detalles de los primeros años del general, que éste, anticipándose á la época de reflexion, se consagraba á estudios superiores á su edad, siendo notables su modo de raciocinar y discernir; pero aunque esto sea cierto, no hay inconveniente en creer, que por la viveza de su carácter é imaginacion se consagrase en sus momentos de asueto á hacer pequeñas fortificaciones, en dotarlas con una artillería microscópica y en guarnecerlas con soldados de papel, de carton y de plomo, lo cual hacia reir á su padre no pocas veces.

Cuando éste fué trasladado de la Comandancia general de Salamanca á la secretaría de la Direccion de Estado Mayor, establecida en Madrid, lo primero que hizo fué colocar á su hijo como alumno en la Academia del cuerpo, que estaba situada entonces en el cuartel de Guardias de Corps, y allí hizo unos brillantes exámenes, especialmente en 1849, por lo que pronto fué ascendido á subteniente del cuerpo; consagrándose desde entonces y sin un dia de descanso á los trabajos propios de su instituto. Pero su destino lo llevaba, como se suele decir, en alas de la gloria, y no esperaba sino una ocasion para demostrarlo.

Luchaban entonces en España diversos partidos políticos, entre ellos el moderado y el progresista, que venian disputándose el mando y el poder, y aunque á causa de esta constante contienda, no dejaba de haber pronunciamientos en donde no dejaba de tomar parte el elemento militar, nunca pudo conseguirse que el jóven alumno del cuerpo de Estado mayor, se afiliase á algunos de aquellos bandos políticos.

—No creo,-decia muchas veces,-que un militar pueda olvidar la ordenanza por esas revueltas políticas, que ensangrientan la patria sin fruto alguno Solamente en casos extraordinarios, y cuando la justicia y la razon se imponen á

las circunstancias, es cuando un soldado debe adoptar una resolucion extrema y salvadora.

Con estos principios que, como más tarde se verá, fueron realizados en una ocasion suprema en los campos de Sagunto, fácil es comprender, cuál seria la marcha invariable de su conducta.

Los diez años primeros de su carrera se pasaron en estudios continuados, en desempeño de comisiones y en trabajos propios á su cuerpo: habia asistido á las jornadas de Julio de 1854, á la caida del ministerio Sartorius, al espectáculo del famoso bienio que acabó con el golpe de mano que dió el general D. Leopoldo O Donnel á las Córtes de 1856, y por lo tanto fué testigo de aquellos tres dias de barricadas, de luchas y de combates, que acabaron con el ministerio Espartero, en virtud de la retirada de este para no traer al país los desastres de una lucha espantosa.

Pero una vez consolidada la nueva situacion, que tuvo el nombre de Union liberal, presentóse una ocasion admirable que abriese campo espacioso á sus ideas y esperanzas. Esta ocasion fué la guerra de Africa. Ya hemos indicado lo mucho que disgustaba á D. Arsenio Martinez Campos, en medio de su juvenil inesperiencia, las luchas intestinas, los pronunciamientos parciales del ejército y los inútiles derramamientos de sangre á los que ya por sostener esta idea ó la otra éramos tan pródigos los españoles. Por consiguiente, la guerra de Africa fué para Martinez Campos un vasto teatro donde su valor, actividad é inteligencia tuvo donde desarrollarse, y á ella fué por el entusiasmo y ardimiento que se encerraba en el fondo de su corazon.

II.

Corta fué aquella guerra, y aunque nuestras parcialidades políticas procuraron oscurecerla y amenguarla en importancia, hoy que ya se ven los hechos con claridad y menos ofuscacion, hay que reconocer que la campaña á que nos referimos, fué digna del heróico ejército español y digna tambien de los inteligentes generales que la dirigieron.

Agregado Martinez Campos á uno de los batallones de la primera division, mandada por D. Rafael Echagüe, estuvo en todos los combates y batallas que se dieron desde la toma

del Serrallo hasta la sangrienta jornada de Vad-Ras, distinguiéndose particularmente en la toma del campamento marroquí el 4 de Febrero de 1860. Para comprender los méritos que contrajo durante aquella célebre y memorable guerra, basta á nuestro propósito decir, que ganó durante ella diez gracias, puesto que entró en campaña de teniente y salió de capitan graduado de comandante, además de las condecoraciones que por mérito de guerra hubo de merecer.

Terminada aquella contienda, una nueva espectativa se abrió á la inteligencia y actividad de nuestro héroe. Sabido es, que á causa de graves cuestiones internacionales, España, Francia é Inglaterra, trataron de intervenir en los asuntos de Méjico, donde la anarquía más completa reinaba por todas partes. Convenida la intervencion entre las tres potencias nombradas, el general Prim, que tan brillantemente se habia distinguido en Africa, fué el destinado á mandar el cuerpo expedicionario que habia de partir de la Habana, y en el Estado mayor de aquel infortunado caudillo de nuestras discordias civiles, fué incorporado el inteligente y activo D. Arsenio Martinez Campos, marchando á aquella expedicion, cuyos resultados no correspondieron al éxito que se esperaba.

Sin embargo, apenas los buques españoles se presentaron en la bahía de Veracruz, esta plaza de guerra de primer órden, se entregó al referido general Prim. Martinez Campos tuvo ocasion de conocer en el territorio mejicano el estado de aquella república que más tarde habia de servir para plantear un imperio, que acabó con los fusilamientos del emperador Maximiliano de Austria y la locura, que aun todavía dura, de la infeliz emperatriz Carlota.

Terminada aquella jornada, el comandante graduado Martinez Campos, quedó en el ejército de la isla de Cuba. Antes se habia casado con su actual y dignísima esposa, doña Angeles Rivera, y si en la vida pública era un modelo de militares pundonorosos y honrados, en la vida privada, era espejo de padres de familias y de esposos tiernos y cariñosos. Así permaneció durante los años que trascurrieron desde los sucesos de Méjico hasta que estalló la revolucion de 1868, no regresando á España hasta el año subsiguiente de 1869, en que cumpliendo el período reglamentario que hay

conferido á los militares para permanecer en Ultramar, tuvo que venir á la Península ya de comandante efectivo y con el grado de teniente coronel.

Durante los primeros años de la revolucion, el entonces comandante de ejército D. Arsenio Martinez Campos, no figuró en nada que fuese contrario á sus principios completamente militares. Veia con profundo sentimiento el que los españoles se destrozasen los unos á los otros por sostener principios contrarios y antepuestos, y fiel ordenancista, solo se ocupó en llenar completamente su deber; pero convencido que no era el camino que la revolucion seguia el más á propósito para hacer la felicidad de la patria, desde luego manifestó su repugnancia á todas las ideas avanzadas que servian de estímulo para conmover las masas, como asimismo expresó su desden hácia la causa del partido carlista, que principiaba á levantar por entonces la cabeza. Entonces, sin duda, comprendió el deber que le imponia su patriotismo, y esperó el momento de principiar la obra que se habia propuesto en aquellos dias de terrible prueba, en que los hombres verdaderamente amantes de su país debian sacrificarse por su patria desventurada. Habia más en esta protesta del sentimiento moral. Martinez Campos sentia en su corazon el impulso que engrandece el espíritu, con los accidentes propios de los campos de batalla. Se sentia atraido por ellos, necesitaba mucho espacio á su sed de gloria y á las aspiraciones de sus sentimientos, y extendiendo con ánimo sereno los males de la patria, llevando en su pecho el pensamiento de salvarla de los peligros que por todas partes llovian sobre ella, esperó la ocasion que no tardó en presentársele.

La revolucion principiada en 1868 habia recorridos dos ó tres períodos de su existencia hasta la muerte desventurada ocurrida al general Prim. Depositado estaba su frio cadáver en la basílica de Atocha, cuando llegó á Madrid don Amadeo de Saboya, llamado por las Córtes soberanas á regir los destinos de España, y como esta no fué nunca aficionada á reyes extranjeros, era suficiente la presencia del duque de Aosta en esta tierra para que los partidos extremos se conmovieran y se preparasen á una lucha tenaz. Estos partidos eran el carlista, que levantaba la cabeza al cabo de más de treinta años de estar vencido, y el republicano. El primero

contaba, como antiguamente, con la guerra de montaña, con la influencia clerical y con los socorros del extranjero; así es que, á pesar de haber sido apagadas por dos veces sus primeras tentativas, no bien puso D. Amadeo el pié en España, cuando toda Cataluña se vió cubierta de partidas carlistas que, aunque reorganizadas y más dispuestas á la rapiña que á la subordinacion, principiaron á preocupar la atencion pública.

Durante el año 1872, entregados los partidos á la lucha más ardiente y apasionada que podia conocerse, no se cuidaron de la tormenta que se condensaba en el Norte y el Este de España, y multitud de veces la *Gaceta* oficial daba por concluidas las partidas que resultaban luego con mayor osadía y crecimiento; pero el gobierno habia mandado ya á Cataluña, siendo el general Andía el que dirigia las operaciones, y estando bajo su mando las columnas del brigadier Macías, del coronel Mercadé y del teniente coronel Cabrinety, cuyo valor rayó en lo extraordinario hasta su gloriosa muerte, y del tambien de igual clase D. Arsenio Martinez Campos, que fué destinado á operar en la provincia de Gerona.

Cuál fué la campaña de 1872, lo dice la brillante hoja de servicios de Martinez Campos, que fué nombrado nuevamente coronel, brigadier y comandante general de la provincia que acabamos de nombrar, puesto que no cesó en perseguir un solo dia á las facciones, batirlas donde quiera que las encontraba, especialmente las que mandaban los célebres cabecillas Castells, Savalls, Vallés, Piñol, Segarra y otros. Pero como el gobierno no se cuidaba de mandar refuerzos; como la lucha política que se sostenia en Madrid no permitia fijarse en la guerra, eran estériles los esfuerzos de aquellos insignes caudillos que tenian que luchar con un enemigo que se desvanecia como el humo cuando encontraba una grande resolucion y que buscaba la sorpresa y la emboscada para hacer todo el daño posible á su contrario.

Por consiguiente, con semejante táctica, las facciones catalanas principiaron á crecer de tal modo, que el 30 de Diciembre de 1872 tomó el mando de ellas D. Alfonso de Borbon y Este, hermano del Pretendiente: el dia 1.º de Enero del 73 publicó una órden general excitando á sus parcia-

les á la pelea, y el 9 del mismo mes se hizo un desembarco de siete mil fusiles en el puerto de Ametlla, de la provincia de Tarragona, y del 12 al 15 se levantó el somaten de órden del hermano de D. Cárlos, de cuyas resultas se presentaron 4.000 hombres delante de Olot.

Casi al mismo tiempo que sucedian estas cosas, á las que el gobierno prestaba poca importancia, se daban las acciones en Torre del Español y de Coll, las cuales demostraron que las facciones, defendidas por los picos de sus montañas, presentaban una resistencia mucho más importante.

El infatigable Martinez Campos comprendió con su profundo talento militar la gravedad de las circunstancias, y expuso lealmente su opinion diciendo á sus superiores y al gobierno que se necesitaban refuerzos para acabar con la creciente insolencia de las facciones; pero el general Córdoba, que era ministro de la Guerra, y se habia empeñado en que no se supiera el estado alarmante y peligroso en que se encontraba Cataluña, se contentó con enviar algunos batallones y mil trescientos fusiles para armar con ellos á los voluntarios de la libertad.

El brigadier Martinez Campos se apresuró á decir al ministro de la Guerra que mucho de aquel armamento pasaria á poder de los carlistas; pero no se le hizo caso, si bien fueron tales las reclamaciones de la prensa, que el 11 de Enero se pensó en crear un ejército de operaciones que fuera á Cataluña, bajo el mando del general D. Juan Acosta. Sim embargo, como los acontecimientos políticos eran cada vez más graves, no se hacia nada, y se dejaba á un puñado de valientes luchando contra fuerzas infinitamente superiores á las suyas.

Distinguióse entre todo encarecimiento el brigadier Martinez Campos, que siempre en movimiento, siempre cuidadoso de la disciplina que principiaba á relajarse, siempre al frente del enemigo, no cesaba de batirse y exponer en sentidas y razonadas comunicaciones la verdadera situacion de las cosas; pero todos sus esfuerzos se estrellaban ante los sucesos que hemos explicado, y solo cuando llegó á Madrid la noticia de que la importante ciudad de Reus estaba bloqueada por más de 1.500 carlistas, solo cuando se supo la accion de Castellas, dada por Cabrinety, y sostenido en su retaguardia por

Martinez Campos, solo cuando se supo que las facciones casi dominaban por completo el Principado, fué cuando el mismo general Córdoba pensó en marchar al teatro de la guerra, pero los acontecimientos que sobrevinieron estorbaron este plan.

III.

Estos acontecimientos eran muy graves. Conociendo don Amadeo de Saboya que no podia hacer feliz á España, á causa de la lucha cada vez más ardiente de los partidos, hizo renuncia de la corona en el seno de la Representacion nacional, y el 11 de Febrero de 1873 se proclamaba la república, formándose un Poder ejecutivo, á cuyo frente se puso Don Estanislao Figueras.

Los republicanos habian ofrecido al ejército su inmediato licenciamiento y habian llevado al seno de los cuarteles el espíritu de insubordinacion, creyendo que con los cuerpos de voluntarios de la Libertad y con la creacion de batallones francos, seria bastante para acabar con la guerra que ya ardia por entonces, no tan solo en Cataluña, sino en Navarra, las Provincias Vascongadas, Aragon, Valencia y otros puntos. Donde la propaganda de la indisciplina se habia ejercitado con más eficacia era en Cataluña, y bastó la proclamacion de la república para que el soldado se considerase libre de los deberes de la ordenanza. Solo el prestigio de los jefes, la firmeza de su carácter y el inquebrantable espíritu de su valor, era lo que podia salvar, no solamente al ejército de su total disolucion, sino á la patria de los más grandes y formidables peligros.

En tan crítico estado, llegó el instante en que la insubordinacion se presentó abiertamente y en que fué necesario combatirla de frente tambien. Acababan los carlistas de apoderarse de la importante poblacion de Ripoll y fué necesario ir á desalojarlos de aquel punto estratégico, tocándole este servicio al brigadier Martinez Campos, cuya severidad militar era proverbial. Avanza este bravo caudillo, pero en medio del camino los soldados levantan la voz y piden descanso, cuando apenas ha principiado la jornada. Martinez Campos mira á la columna y vé que la tropa, sin permiso de sus jefes, se sienta y se tiende á la sombra de unas grandes

arboledas. En este estado, vuelve con la espada desnuda sobre los batallones que han dejado las armas, se precipita sobre la tropa insubordinada, la arenga con energía, la reprende con severidad; amenaza á los más revoltosos, y solo con su prestigio, con su voz, con su heroismo, logra que los soldados le escuchen, y últimamente le sigan. Pero quedaba la segunda prueba. Una vez la columna delante de la faccion se niega á hacér fuego y entrar en combate: esto, que puede comprometerlo todo, hace que el brigadier Martinez Campos vuelva otra vez hácia los insubordinados soldados; se rodea de los cazadores de Cuba y de Cataluña, en los que el espíritu de insubordinacion es menos; les habla del honor militar, de la patria, de la satisfaccion del enemigo ante el que tendrán que someterse, y tomando una bandera, exclama:

—Si me seguís, venceremos: si no, yo moriré solo en el combate.

Escuchan los soldados de Cuba y Cataluña la elocuente voz de su valiente jefe y se disponen decididos á luchar: principia el fuego, Martinez Campos avanza á las alturas; le siguen aquellos nobles é invencibles soldados, y la victoria corona su heróico esfuerzo. La faccion Savalls, que contaba con la victoria, es completamente rechazada, y la accion de la Forza sigue á aquel brillante esfuerzo del talento militar de nuestro héroe.

Mientras que todo el ejército de Cataluña estaba en abierta insubordinacion; mientras los jefes de columna se veian sin fuerza moral y material para hacer frente á la indisciplina; mientras se asesinaba por una soldadesca desenfrenada al comandante de cazadores de Madrid; mientras en Manresa los regimientos de Saboya y Extremadura y 300 artilleros se desbandaban produciendo los males que son consiguientes en tal estado de insubordinacion, Martinez Campos, que habia sabido restablecer en su columna la más rígida y severa disciplina, respondia en sus comunicaciones de la fidelidad, respeto y subordinacion de sus soldados, especialmente de los leales cazadores de Cuba y Cataluña, y como prueba de ello sorprendia y derrotaba á los carlistas en Villamayor en el momento en que estos oian misa el Domingo de Ramos. No contento con su constante actividad, ayudaba al general Velarde, mandado por el Gobierno para restablecer la disci-

plina en todas sus delicadas operaciones, y por último, hacen huir á los carlistas delante de Puigcerdá, y daba el 10 y 12 de Abril los ataques de Rivas y San Jaime de la Fontana.

Basta la reseña que hemos hecho para comprender que el brigadier Martinez Campos fué el restaurador de la disciplina del ejército en los momentos críticos que este tendia á disolverse. Él reprende á los sublevados y castiga, y en medio del estado en que se encontraba el ejército, solo él es el único jefe que sabe hacerse respetar, y lo que era más difícil en aquellos dias azarosos, obliga al soldado á batirse valientemente con las insolentes y atrevidas partidas de facciosos. De este modo dió la accion de Espielvas contra las facciones de Savalls, Uguet, Vila del Prat y Soler, y de esta manera sigue batiendo al enemigo hasta que en Madrid se verificó el cambio ministerial, por el que se nombró presidente del Poder Ejecutivo á D. Francisco Pí y Margall.

Representaba este hombre político las doctrinas más avanzadas del partido republicano, y desde luego todo tendia á disolverse, declarándose las provincias en cantones. Por todas partes se desconocia el poder central y la autoridad de las Córtes, y el ejército de Cataluña, el de Valencia y el del Norte, principió á ser combatido de nuevo por la insurreccion.

Estando, pues, el brigadier Martinez Campos en Gerona, supo que el regimiento de América, que acababa de llegar á sus inmediaciones con ánimo de seguir adelante, declaró que no daba un paso más, y que no obedeceria á sus jefes de ningun modo. Saber esto el bravo brigadier, montar á caballo y salir casi solo en busca del regimiento sublevado, fué cosa de un momento. Llega al sitio donde el tumulto de la tropa era cada vez mayor, y presentándose de pronto, la arenga, y casi á viva fuerza, mete dentro de la plaza al regimiento sublevado; manda cerrar las puertas, y exponiéndose á morir entre los gritos de la soldadesca y los disparos que esta hacia en todas direcciones, logra restablecer el órden, manda castigar á los culpables, y solo cuando se convence de que el regimiento está dispuesto á batirse con las facciones, es cuando lo deja marchar, no sin haberle antes dirigido una enérgica alocucion recordándoles el deber y el honor militar.

Esto sucedia en el momento en que el teniente coronel Martinez moria acribillado á balazos por los cazadores de Madrid, á quienes mandaba.

El 24 de Junio de 1873, el brigadier Martinez Campos vino á Madrid para dar cuenta al gobierno del estado peligroso de Cataluña, y de que á todo trance se tomaran disposiciones para mantener la disciplina, sin la cual era imposible vencer á los carlistas. Afortunadamente por aquellos dias habia habido un cambio ministerial y ocupaba el departamento de la Guerra D. Eulogio Gonzalez Izcar, mariscal de campo, á quien los partidos avanzados llamaron *Gonzalon*, porque desde luego principió á trabajar con incansable afan en restablecer la subordinacion del ejército. Gonzalez Izcar oyó á Martinez Campos, se enteró de los sufrimientos de la campaña, lo hizo en recompensa de los servicios que habia prestado mariscal de campo y lo nombró comandante militar de la plaza de Gerona, una de las más importantes del Principado. Al mismo tiempo que hacia esto, y por iniciativa de Martinez Campos nombró un general para que se pusiera al frente de aquel ejército y dividió este en cuatro columnas, siendo una de ellas la del infortunado Cabrinety, que un mes más tarde habia de morir gloriosamente en las alturas de Alpens.

Volvió Martinez Campos á Cataluña, y desde luego principió á defender su provincia de las agresiones carlistas con incansable afan; pero en aquel mes de Julio el cantonalismo verificó una completa revolucion en España, principiando por Alcoy y acabando por Málaga, Cádiz, Sevilla, Valencia y Cartagena.

El dia 18 del referido mes, la hermosa ciudad del Cid principió á moverse en sentido cantonal, en tales términos, que el capitan general Sr. Lafuente tuvo que abandonar la capital con las escasas fuerzas de que podia disponer. Sorprendido el gobierno con el estado de dichas ciudades y provincias, comprendió que para salvar al país de mayores calamidades, era necesario obrar con rapidez y energía, pero le faltaba la fuerza moral y material para ello.

Sin embargo, dispuso que el general D. Manuel Pavía y Alburquerque saliese inmediatamente para Andalucía con las fuerzas de que podia disponer el gobierno, y que el enérgico

cuanto valiente general Martinez Campos tomase el mando de las tropas que debian operar sobre Valencia, cuya actitud era formidable. Al efecto, nombró capitan general de Valencia al entendido general, cuya historia estamos haciendo, y el 22 de Julio por la noche salió este para ponerse al frente del ejército de Valencia.

Mientras tanto, los sublevados de esta ciudad habian mandado una comision á Madrid para pedir al gobierno que no se opusiera á nada de lo que en aquella ciudad se estaba haciendo pacíficamente, y que no enviase fuerzas del ejército con el ánimo de someter aquel canton. Semejante exigencia era inadmisible de todo punto, y el gobierno exigió enérgicamente el que se restablecieran las cosas en el ser y estado que estaban antes del movimiento insurreccional, y que las autoridades legítimas fuesen de nuevo puestas en el ejercicio de sus funciones. Como segun el estado de las cosas esto era imposible, se rompieron aquellas negociaciones, y el general Martinez Campos recibió instrucciones para obrar con toda energía.

No tardó este en presentarse con las fuerzas de su mando en las afueras de Valencia. Decíase que esta se entregaria inmediatamente que Martinez Campos se presentara, pero fué recibido con un fuego nutridísimo, y en su consecuencia, para evitar un inútil derramamiento de sangre, se retiró á Catarroja, y desde allí dió cuenta al gobierno de que los sublevados estaban dispuestos á resistirse á todo trance, añadiendo además de que para someter á la ciudad á la obediencia hacia falta establecer un sitio formal, por lo que reclamaba que inmediatamente se le remitiese un tren de batir con la dotacion correspondiente de artilleros para aquel servicio importante.

El 25 de Julio por la mañana una columna de insurrectos, compuesta de cinco batallones, salió de Valencia con direccion á Alcira para atacar al gobernador de la provincia, por lo que Martinez Campos salió con parte de sus fuerzas para batirla. Esta se retiró en desórden; pero como en la táctica de los insurrectos entraba el sublevar la tropa, uno de los diputados intransigentes de la minoría se presentó ante ella y principió á instarla á la sublevacion. A pesar del carácter de impunidad en que los representantes del país

están cubiertos, Martinez Campos lo mandó prender, pero el gobierno le envió por telégrafo la órden de ponerlo en libertad.

Convencidos los insurrectos de que les era imposible salir de la ciudad, la cubrieron de barricadas, la fortificaron, especialmente en la puerta de Serranos, plaza de toros, estacion del ferro-carril y ciudadela, y reunieron hasta diez y seis mil hombres armados para resistirse desesperadamente contra las tropas.

Pero el experto general que las mandaba no tardó en recibir el tren de batir que le enviaba el gobierno, y una vez dispuestas las baterías, se presentó de nuevo el dia 29 de Julio delante de Valencia, y aquel mismo dia intimó la rendicion á los sublevados. Un elevado sentimiento de humanidad le obligó á hacer ver á los sitiados las terribles consecuencias que iban á caer sobre ellos si no se entregaban, y como siempre fué noble y generoso en todos sus actos, consintió, á pesar de haber sido desechadas sus proposiciones, dejar tres dias para buscar por todos los medios que ordena la clemencia el que hubiese las menos desgracias posibles en la tremenda lucha que se iba á en ablar.

Durante aquellos tres dias h yó la gente pacífica de la ciudad, pero los insurrectos intentaron soltar todas las acequias que riegan la hermosa huerta de Valencia para inundar el terreno donde estaba el ejército. Prevenido Martinez Campos, pudo evitar semejante extratagema; y como el dia 31 de Julio los insurrecto hicieran una enérgica salida, el general supo batirlos y rechazarlos de tal modo, que entraron en Valencia á la desbandada.

Aunque estaban agotados todos los medios de avenencia, apeló Martinez Campos á un nuevo llamamiento al deber por parte de los escasos sublevados; pero como fueron desoidos sus humanitarios sentimientos, el dia 1.° de Agosto rompió el fuego contra la ciudad rebelde, y si noble y humanitario estuvo antes de este acontecimiento enérgico y decidido se mostró en la lucha.

El 6 de Agosto habia arrojado sobre la ciudad sublevada 140 bombas, 509 granadas y 749 proyectiles Krupp, y al mismo tiempo acababa de batir al Enguerino, que con dos mil hombres de la huerta se habia acercado á Valencia.

Los dias 7, 8 y 9 continuó el fuego con más intensidad, pero asegurados los valencianos de que su resistencia acabaria por destruir la ciudad, encerrados y expuestos á los fuegos de los sitiadores, pidieron capitulacion bajo ciertas condiciones. No quiso escuchar máximas el vencedor, y el 10 se rindió aquel formidable baluarte del cantonalismo, pocos dias despues de Sevilla y Cádiz en Andalucía.

IV.

Mientras habia tenido lugar este sangriento y doloroso cuadro de nuestras discordias civiles, la sublevacion de Cartagena habia tomado un crecimiento espantoso. Es esta plaza departamento marítimo, y su fortificacion es de primer órden. Además, tiene arsenal y una série de castillos que defienden su puerto. Todas las fuerzas del cantonalismo residian dentro de aquel recinto inespugnable, el cual, contaba con el apoyo de los mejores buques de nuestra escuadra, que se habian sublevado tambien.

Victorioso el general Martinez Campos en Valencia, recibió órden del gobierno para trasladarse con su pequeño ejército á Cartagena, por lo que el afortunado caudillo salió inmediatamente en direccion á Múrcia, llevando consigo las tropas que habian de operar con él en aquella difícil y penosa empresa, que era, por decirlo así, el foco de nuestras pasiones políticas.

Conocidas eran las tendencias del gran carácter de aquel héroe, que á causa del noble esfuerzo de su espada, iba abriéndose por todas partes el camino de la gloria; así fué, que bastó su aproximacion á la plaza sublevada para que el ex-general Contreras, el jefe del cantonalismo, se replegase á la misma, temeroso de un descalabro. Pocos dias bastaron al general Martinez Campos para establecer el sitio por parte de tierra; pero esto era ineficaz, por cuanto teniendo los sublevados una poderosa escuadra podian atraer por mar toda clase de recursos, lo cual, no solamente quitaba la importancia del sitio por el lado de tierra, sino que este tomaba un carácter indefinido por semejante circunstancia.

Habia además otros inconvenientes. El sitio de la plaza abarcaba una extension inmensa y no habia fuerzas bastantes

para cubrirlo en toda su extension; pero á esto suplió la inteligencia militar del general Martinez Campos, colocando sus baterías en los puntos más convenientes, para que la accion de las mismas fuera más eficaz. Esto no quitó para que lealmente expusiera al gobierno el estado de las cosas, pidiera nuevos trenes de batir y reclamase artilleros facultativos que supieran dirigir los fuegos, puesto que como es sabido el cuerpo de artillería habia sufrido grandes modificaciones en tiempo del ministro de la Guerra general Córdoba.

Todo el mes de Agosto lo empleó en estos preparativos, y siguió reclamando, sin cesar, tropas y artillería, pues sin estos elementos le era materialmente imposible dominar la formidable insurreccion de aquel centro.

Sin embargo, el primer dia que rompió el fuego ejerció, como siempre, una de las más bellas condiciones de su carácter humanitario y enérgico al mismo tiempo. Mandó cargar los cañones con proclamas, en las que se llamaba á la obediencia á los insurrectos, en las que se pintaban los males de la patria, en las que se hablaba de perdon á los que reconociesen el imperio del órden y de la justicia, así es, que por medio de aquel procedimiento pudo llevar al seno de la ciudad sublevada las ideas que le dominaban, si bien demostrando una energía inquebrantable para castigar á los rebeldes, si estos desoian la voz del deber y de la conciencia.

Desgraciadamente no produjeron efecto las buenas intenciones del general, y las bombas principiaron á llover sobre la ciudad, pero las condiciones especiales de los sitiadores eran muy difíciles por falta de medios para formalizar el sitio, así es que despues de haber acudido el general al gobierno en demanda de prontos auxilios, y viendo que no se le atendia, se vió en el caso, por decoro propio, de hacer dimision del cargo de Capitan general de Valencia y de general en jefe de las fuerzas destinadas á Cartagena, cuya dimision le fué admitida el 25 de Setiembre, bajo los términos más lisonjeros, esperando, como decia el decreto, utilizar muy pronto los importantes servicios de dicho general.

Inmediatamente que recibió el decreto, se dirigió á Alicante, y luego se vino á Madrid, donde permaneció sin to-

mar parte en los acontecimientos públicos, que eran cada vez más graves, hasta que el 6 de Diciembre del referido año de 1873, el gobierno le nombró capitan general de Cataluña, en reemplazo del general Turon, uno de los primeros tácticos de nuestro ejército. El decreto estaba refrendado por el presidente de la república D. Emilio Castelar y el ministro de la Guerra Sr. Sanchez Bregua, y en el se decia que *inmediatamente* fuese á encargarse del importante mando que se le confiaba.

Era imposible por aquel entonces ir por la línea de Zaragoza, así es que tuvo que bajar por la línea de Valencia para embarcarse en este punto; pero sucedió entonces que esta poblacion estaba amenazada sériamente por los carlistas, cuyas avanzadas llegaban á sus inmediaciones, y tomando el mando de la columna del brigadier Moltó, logró batirlos en Carlet, causándole numerosas bajas, y no pocas pérdidas del material de guerra. Bastantes dias estuvo luchando en el distrito de Valencia contra las partidas absolutistas, hasta que ya libre la anterior ciudad de todo golpe de mano, se embarcó llegando á Barcelona en momentos completamente críticos.

Preparábase en la capital del Principado, para el 16 de Diciembre, un movimiento cantonal; pero fueron tan acertadas sus disposiciones, que al momento quedó descubierto el complot, y reducidos á prision sus principales autores. Una vez tranquilizada la capital, pensó en la campaña de los carlistas; dió á los soldados una proclama, organizó las columnas, y por medio de sus acertadas disposiciones, hizo que Saballs, que estaba en las puertas de Olot, se retirara sin poder haber entrado en esta plaza; derrotó al cabecilla Mora que estaba atacando el pueblo de Sacristá, refrenó las correrías del cura Frades, que dominaba la mayor parte de la provincia de Zaragoza, y alcanzó, á causa de medidas importantes, que el brigadier Salamanca derrotase á los carlistas en la accion de Castellvell, y un poco más tarde á la faccion Miret en Torre-Claramunt.

De tal modo fueron las acertadas medidas del general Martinez Campos, desde que tomó el mando de la Capitanía general de Cataluña, que el 25 de Diciembre el gobierno le remitió un telégrama altamente satisfactorio, acerca de la

rapidez de sus operaciones, prudencia de sus actos y saludables medidas para salvar la sociedad de las rebeliones de la demagogia; pero al principiar el año de 1874, un suceso que estaba previsto, pero que no se esperaba tan pronto, varió repentinamente el aspecto de las cosas públicas, haciendo que acabase la república bajo el imperio de un atrevido golpe militar.

V.

Era presidente del Poder Ejecutivo el célebre tribuno D. Emilio Castelar, y tanto como habia trabajado al principio de la revolucion por los principios más avanzados, ahora venia deshaciendo su obra, para ejercer una vigorosa reaccion en todos los elementos del poder. Así, vencido el cantonalismo en Cartagena, restablecida la disciplina en el ejército, haciendo que este se aumentase con numerosas quintas que al principio condenó con toda la fuerza de su talento, habia llegado el momento en que iba á reunir las Córtes suspensas entonces, para dar cuenta en ellas de los actos de su dictadura.

Aquellas Córtes se abrieron el 1.º de Enero de 1874, y desde luego era fácil adivinar que una minoría turbulenta y apasionada podia desencadenar de nuevo las pasiones públicas, haciendo que el cantonalismo volviera á levantar la cabeza en todas las principales poblaciones de España, lo cual traeria tal vez el triunfo del carlismo, que estaba entonces en toda su fuerza y desarrollo.

En este extremo, y durante la célebre noche del 2 al 3 de Enero, en que los republicanos rojos presentaron la batalla al gobierno, por medio de la discusion más borrascosa que registran los anales parlamentarios; amenazado el Congreso por las masas populares que se presentaban en actitud hostil, el capitan general de Madrid, que lo era entonces don Manuel Pavía y Alburquerque, se decidió á dar un golpe de Estado, acabando de una vez con el gobierno, con la Cámara y con la minoría. Sacó pues, al efecto, de los cuarteles toda la guarnicion de la capital, tomó los puntos estratégicos de la misma, llenó de cañones todas las calles, y en seguida, mandando al Congreso una columna, esta entró en él, penetró en el salon de sesiones y arrojó á los diputados á bayoneta-

zos y á tiros disparados al aire para intimidarlos. Tal fué el término de la república. Al dia siguiente se formó un ministerio compuesto de hombres que representaban diversas parcialidades, y volvió á ponerse al frente del Poder Ejecutivo el general D. Francisco Serrano y Dominguez, duque de la Torre.

Inmediatamente que el telégrafo llevó á todos los puntos de España la noticia de los sucesos de Madrid, el partido republicano apeló á la lucha, como medio único de salvacion; pero las medidas de las autoridades fueron tan rápidas y enérgicas, que en todas partes venció el órden, pudiendo decirse que quien más méritos contrajo para conseguirlo, fué el enérgico general D. Arsenio Martinez Campos, entonces capitan general de Cataluña. Este tenia que habérsela con un partido ardiente, numeroso y que estaba perfectamente armado, el cual no estaba dispuesto á escuchar la voz de la conveniencia y la razon; así es que inmediatamente se preparó á la contienda, levantando barricadas en varios puntos de Barcelona, y escogiendo los vecinos pueblos de Sans y Sarriá para hacer una resistencia desesperada.

Todos los republicanos de la provincia habian acudido á aquella última batalla, y esta duró bastantes dias. Martinez Campos apeló primeramente á hacerse oir por medio del convencimiento, pero en seguida echó mano de la escasa fuerza con que podia contar, y principió un formidable ataque contra las barricadas, que perfectamante defendidas por el Chic de las Barraquetas, que era el jefe de los sublevados, presentaron una resistencia tenaz y desesperada. Pero era imposible la lucha con un militar, cuyo génio era cada vez más atrevido en concebir y más rápido en ejecutar. En el primer dia de combate, barrió, por decirlo así, todo Barcelona y arrojó á los insurrectos á los pueblos de Sarriá y Sans. Allí la resistencia fué desesperada; pero colocado el general al frente de sus columnas, hizo prodigios de valor, especialmente el 10 y el 11 de Enero, con lo que dominó por completo, y dispersó y desarmó á las facciones sublevadas, volviendo á restablecer el órden en el punto donde habia estado más comprometido.

A pesar de este importantísimo servicio que el general Martinez Campos acababa de prestar á la causa pública, el

nuevo gobierno de Madrid se veia obligado á contentar las numerosas exigencias de las diversas fracciones que lo constituian, y esto dió orígen á que el general Martinez Campos, que tan eminentes servicios habia prestado y prestaba en la actualidad, se viese obligado á presentar su dimision, como lo hizo pocos dias despues de su victoria de Sarriá y Sans. El gobierno del duque de la Torre se apresuró á admitirle la dimision, si bien en el decreto se decia que dicho gobierno se prometia utilizar sus *distinguidos servicios.*

Era extraño, y no podia menos de llamar la atencion, de que en el momento en que se dispensaban y otorgaban gracias por el ministerio de la Guerra á multitud de militares cuyos servicios distaban mucho de los prestados por Martinez Campos, no se le diese á este ni la más pequeña condecoracion; pero nuestro héroe estaba poseido de un acendrado amor á su patria, habia significado con noble franqueza sus opiniones monárquicas en favor de la restauracion, y no se ocultaba en decir de que España no encontraria remedio á sus males hasta tanto que, dejándonos de una política de aventuras, no tuviéramos por base la monarquía tradicional representada en la persona de D. Alfonso de Borbon.

—Es preciso desengañarse,—decia con leal franqueza á los que no querian soluciones de esta especie:—mientras no depongamos en aras de la patria nuestras ambiciones personales sosteniendo la peligrosa interinidad que hoy rige los destinos del país, ni acabaremos con el carlismo, ni podremos llegar á la ansiada paz que apetecen todos los españoles.

Este lenguaje habia de alejarlo de la estimacion del gobierno; pero este, que atravesaba en aquel momento por situaciones dificilísimas combatiendo al carlismo en Somorrostro, en el Alto Montaño, en las faldas de San Pedro Abanto, y que veia irremisiblemente la pérdida de Bilbao si no adoptaba determinaciones enérgicas y decisivas, buscó los hombres más entendidos para salvar aquellas terribles circunstancias, y á la par que confiaba la direccion del ejército al primero de nuestros generales, al marqués del Duero, daba en torno suyo cargos importantísimos á los jefes que más se habian distinguido durante la guerra civil.

Uno de estos cargos fué conferido al general Martinez Campos y marchó al Norte con el general Concha.

Las batallas de las Muñecas, Galdames y Montemuro serán siempre un timbre de gloria para el insigne y valiente Martinez Campos, que prestó importantísimos servicios en aquellas formidables luchas, donde el valor y la desesperacion de los españoles vencedores y de los españoles vencidos derramaron torrentes de sangre. Allí, Martinez Campos demostró una vez más sus altas cualidades y eminente talento militar, y cuando despues de la jornada de Montemuro estudió el estado de las facciones del Norte, examinó sus posiciones y se hizo cargo de su organizacion, abrigó el convencimiento de que aquellas fuerzas no podrian destruirse por completo mientras el ejército no tuviera una bandera legítima que desplegar ante las fuerzas del Pretendiente.

Entonces se puso á trabajar de lleno en preparar la restauracion, y con el profundo secreto que este asunto merecia, se puso en contacto con el conde de Valmaseda que habia venido de Cuba y con los hombres más importantes del partido alfonsino, que si bien tenian la fé de sus convicciones, carecian de fuerza de voluntad para obrar.

Todo el verano de 1874 lo pasó en estos importantísimos trabajos, puesto que era preciso ganar de mano al gobierno, que por medio de una crísis se habia completado con hombres del partido conservador constitucional, adquiriendo por este medio una fuerza extraordinaria. Como dicho gobierno estaba sobre aviso acerca de lo que se trataba; como por un lado tenia que combatir enérgicamente al carlismo y por otro el elemento federal que agitaba á las provincias del Mediodía, era doble más difícil su empeño, si es que habia de hacer frente á tantos enemigos como tenia enfrente de sí. Por consiguiente, sus disposiciones fueron violentas y enérgicas. El 18 de Julio de dicho año declaró en estado de sitio á todas las provincias de España: con la misma fecha se expidió el decreto que ordenaba el embargo de los bienes de los carlistas; se mandó disolver toda clase de reuniones y sociedades; se dispuso que la prensa no publicase más noticias que las que se daban á luz en la *Gaceta*, y se crearon 80 batallones de reserva extraordinaria para hacer frente á las eventualidades que presentaba el porvenir.

Pero el gobierno estaba en un error: creia que todo podia vencerse por medio de estos esfuerzos materiales, cuando lo

que hacia falta era una bandera, un nombre, un principio fijo que destruyese el período de interinidad; así es que Martinez Campos, en union del conde de Valmaseda, procuraron acabar de una vez con el indefinido período histórico que atravesábamos.

Para nuestros generales la salvacion estaba en que se proclamase inmediatamente por el ejército á D. Alfonso XII; ¿pero se podia contar con el ejército? Era difícil la empresa; se jugaba en ella el porvenir de España y no era posible retroceder, puesto que el gobierno iba adquiriendo, bajo el imperio de la ley, el prestigio que habia faltado á sus antecesores.

Despues de numerosos trabajos, inseguros del éxito pero dispuestos á dar el grito de la restauracion, cuéntase que el general Martinez Campos se decidió, por último, á dar el golpe.

—Pero, ¿con qué medios?—le preguntaron sus amigos.

—No tengo ninguno.

—¿Contais con el ejército?

—Lo ignoro.

—Es que para esas cosas se necesita dinero.

—Carezco de él, pero tengo fé en la santa causa que voy á proclamar.

Sin embargo, en los últimos dias del mes de Diciembre, Martinez Campos se presentó á un opulento banquero que era partidario decidido de la restauracion, y le dijo:

—Esta noche salgo para sublevar el ejército. Deme usted dinero á fin de atender á los gastos que ocurran.

El banquero, á pesar de su alfonsismo, se negó á dar un céntimo al general, y este, seguido del conde de Valmaseda, salieron para el ejército del Centro, con la esperanza de que la restauracion fuera un hecho ó de morir en la demanda.

VI.

Ageno estaba el gobierno, tranquilo estaba Madrid de los sucesos que se preparaban, y el presidente del gobierno provisional, el general Serrano y Dominguez, habia salido para ponerse al frente del ejército del Norte, con el objeto de emprender una enérgica y definitiva campaña contra los carlistas.

Todo el mundo tenia fija la vista en el Nórte, esperando que principiase una série de batallas que libertase á Pamplona del asedio á que la tenian los carlistas reducida, y nadie pensaba por entonces en un súceso que parecia más lejos que nunca por la fuerza necesaria de las circunstancias.

Pero al principiar la tarde del 27 de Diciembre, se supo por Madrid que los ministros se habian reunido precipitadamente en el ministerio de la Guerra, dando lugar á un Consejo que, por lo extraordinario, llamaba la atencion de todo el mundo.

A la caida de la tarde ya se sabia que una brigada del ejército del Centro, á cuyo frente se hallaba el brigadier Daban, habia dado, en los campos de Sagunto, el grito de *¡viva Alfonso XII!* y tambien se sabia que con el referido brigadier se hallaba Martinez Campos y Valmaseda preparando el movimiento general.

El gobierno quedó aturdido: sabia que el nombre de Alfonso XII era muy simpático para el ejército, y desde luego quiso remediar el mal, valiéndose de medidas violentas. Pero los partes telegráficos se sucedian con extraordinaria frecuencia, y bien pronto se supo que el general Jovellar, Despujols y otros se habian adherido al pronunciamiento, y que todo el ejército del Centro aceptaba con el mayor júbilo, la bandera de la restauracion.

El gobierno se apresuró á telegrafiar al ejército del Norte y de Cataluña; pero aunque todavía no se habia iniciado el movimiento, era evidente que lo seguiria de un momento á otro.

Entonces el gobierno apeló á su desatentado golpe de autoridad, y en la mañana del 30 de Diciembre apareció el siguiente documento en la *Gaceta*, el cual era un recurso desesperado que no podia detener el torrente.

Este documento decia así:

«*Poder Ejecutivo de la República.*—Presidencia del Con»sejo de ministros.—En el momento mismo en que el jefe del »Estado movia el ejército del Norte para librar una batalla »decisiva contra las huestes carlistas, utilizando los inmen»sos sacrificios que el gobierno ha exigido al país y que éste »ha otorgado con noble patriotismo, algunas fuerzas del ejér»cito del Centro, capitaneadas por los generales Martinez

»Campos y Jovellar, han levantado en frente del enemigo la »bandera sediciosa de D. Alfonso de Borbon.

»Este hecho incalificable, que pretende iniciar una nueva »guerra civil, como si no fueran bastantes las calamidades »de todo género que pesan sobre la patria, no ha encon»trado eco, por fortuna, en los ejércitos del Norte y Catalu»ña, ni en ninguno de los diversos distritos militares. El »gobierno, que ha apelado en las supremas circunstancias »en que la nacion se encuentra en la Península y América á »todos los partidos que blasonan de liberales para ahogar en »su comun esfuerzo las aspiraciones del absolutismo, tiene »un derecho incuestionable y hasta un deber sagrado de ca»lificar duramente y de castigar con todo rigor, dentro de »su esfera, una rebelion que, en último resultado, no po»dria favorecer, si se propagase, mas que al carlismo y á la »demagogia, deshonrándonos además á los ojos del mundo »civilizado.

»El ministerio, fiel á sus propósitos y leal á los solemnes »compromisos que ante el país y Europa tiene contraidos, »está hoy más resuelto que nunca á cumplir con su deber, »y lo cumplirá.—Madrid 30 de Diciembre de 1874.—El »presidente del Consejo de ministros y ministro de la Go»bernacion, Práxedes Mateo Sagasta.—El ministro de Es»tado, Augusto Ulloa.—El ministro de Gracia y Justicia, »Eduardo Alonso Colmenares.—El ministro de la Guerra, »Francisco Serrano Bedoya.—El ministro de Marina, Ra»fael Rodriguez Arias.—El ministro de Hacienda, Juan »Francisco Camacho.—El ministro de Fomento, Cárlos Na»varro Rodrigo.—El ministro de Ultramar, Antonio Ro»mero Ortiz.»

Este documento, que por su importancia copiamos íntegro en este lugar, expresó más que nada la gravedad de las circunstancias, la fuerza del acontecimiento y el temor de lo que pudiera sobrevenir. Durante todo el dia 30, las noticias eran cada vez más alarmantes: decíase que los telégramas del general Serrano indicaban que en el ejército del Norte habia principiado el movimiento alfonsino; y respecto de Cataluña, se hablaba con variedad extraordinaria. Tambien se añadia que la guarnicion de Madrid, especialmente el cuerpo de artillería, estaba en sentido favorable al movi-

miento. El gobierno comprendió, sin duda por la inminente gravedad de los sucesos que se amontonaban con creciente rapidez, que debia obrar sin detenerse un instante, y llamó á los jefes de las fuerzas de la guarnicion de Madrid para ver si podia contar con ellos; pero las respuestas fueron evasivas unas, frias todas, y claras y terminantes las del referido cuerpo de artillería.

—Nosotros,—exclamaron éstos,—no combatiremos ni tiraremos un tiro contra nuestros compañeros de armas; antes, al contrario, al mismo tiempo que sostendremos el órden, proclamaremos al legítimo Rey de España, Don Alfonso XII.

Esta respuesta, unida á un último telégrama del general Serrano, duque de la Torre, en donde declaraba que no respondia de la fidelidad de aquel ejército, hizo comprender al gobierno que no tenia ni fuerzas ni apoyo material y moral, y entregó el poder, á las once de la noche del dia 30, en manos del capitan general, quien lo trasmitió en seguida al excelentísimo Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo, que era el que estaba apoderado por el Rey para representarle.

A las doce de la noche del 31 las campanas de las parroquias de Madrid principiaron á repicar, se pusieron iluminaciones en algunas casas; y aunque nadie sabia al pronto lo que acababa de ocurrir, pronto se salió de aquella mortal incertidumbre, sabiendo el feliz desenlace de los acontecimientos. Cuando el sol iluminó á Madrid en la mañana del 31, se vendia una *Gaceta* extraordinaria, por la que el ministerio-regencia daba cuenta al país de la proclamacion por la nacion y el ejército del Rey D. Alfonso de Borbon y Borbon y del primer ministerio de lamonarquía.

A seguida, refrendados por el ministerio de la Guerra, aparecian los siguientes reales decretos:

«Atendiendo á los distinguidos servicios prestados por el »mariscal de campo D. Arsenio Martinez Campos y Anton, »como capitan general y en jefe de las fuerzas del distrito »de Valencia en el ataque y toma de dicha plaza, y al frente »de la de Cartagena en los meses de Julio y Agosto del año »próximo pasado, en los sucesos de Barcelona, Sans y Sarriá »en Enero del actual, y combatiendo á las facciones carlistas »en las Muñecas, Galdames y Montemuro,

»El ministerio-regencia del reino ha tenido á bien pro-
»moverle al empleo de teniente general con la antigüedad
»del 9 de Agosto de 1873, en el que tuvo lugar la toma de
»la ciudad de Valencia.—Madrid 31 de Diciembre de 1874.
»—El presidente del ministerio-regencia, Cánovas del Cas-
»tillo.—El ministro interino de la Guerra, Fernando Primo
»de Rivera.»

Por el segundo decreto cuya letra omitimos, se le nombró general en jefe del ejército de Cataluña y capitan general del distrito del mismo nombre.

Honrada de este modo la memoria del hombre á quien por medio de su arrojo y decision se le debia el cambio político que acababa de tener lugar, el nuevo teniente general marchó á Barcelona, no solamente á cumplir con el grave deber que pesaba sobre él, sino á recibir á S. M. D. Alfonso XII, que debia desembarcar en dicha ciudad el 9 del corriente.

En efecto, el recibimiento que Barcelona hizo al nuevo monarca fué magnífico; y el general Martinez Campos, ageno á las costumbres cortesanas y á las intrigas palaciegas, pudo exponer sincera y lealmente sus sentimientos al jóven rey, sin que se viese en él ni el orgullo de que honrosamente podia hacer alarde por el feliz resultado de su empresa, ni el afan de la ambicion, que es lo que desvirtúa la fé de los hombres de recto corazon.

Por consiguiente, no bien el rey D. Alfonso XII partió para Valencia el 10 de Enero de 1875, Martinez Campos, volviendo á su enérgica actividad militar, emprendió la lucha contra los carlistas, dando contra estos la accion de Santa Coloma, los dos combates de Olot y otra série de combates importantes y victoriosos que habian de servir como de precedente al plan de campaña que se habia propuesto seguir. Preocupábale sobre todo la posicion en que estaban los carlistas de la célebre y antigua fortaleza y plaza de guerra de la Seo de Urgel, de que el año antes se habian apoderado por traicion, y bien sabia que mientras aquel punto estuviera en poder de los rebeldes, estos tendrian abierta la frontera para introducir por ella todo género de efectos de guerra y provisiones. Como era indispensable emprender una campaña vigorosa y general para acabar de una vez con

el pujante carlismo que se enseñoreaba en las provincias del Norte y de Cataluña, el general Martinez Campos fué de los primeros que estudiara la brillante y soberbia combinacion militar que durante todo el año de 1875 dió, por decirlo así, el golpe de gracia al carlismo. Esperó, pues, á que terminase el prólogo de aquella campaña, que el bravo ejército español dejó escrito en Puente la Reina, Monte Esquinza, Pamplona y toda la célebre línea del Arga, y se puso de acuerdo con el gobierno para emprender aquella lucha colosal que habia de principiar en el centro por la posesion del Maestrazgo, despues habia de pasar á Cataluña, y últimamente, habia de llevarse al Norte por medio de la accion simultánea de todo el ejército.

Como en esta breve pero gloriosísima campaña brilló en todo su explendor el genio militar del héroe cuya historia estamos escribiendo, por eso vamos á exponer en capítulo aparte todos los detalles de la misma, puesto que constituye uno de los principales lauros de su carrera. Mas como para llegar á nuestro objeto es necesario seguir el órden cronológico de los sucesos, se nos permitirá que nos detengamos en la primera etapa de los hechos heróicos que ejecutó durante el verano de 1875.

VII.

En el plan de campaña que despues de muchos consejos de ministros y muchas juntas de generales se habian adoptado para poner fin á la desastrosa guerra que empobrecia y arruinaba el país, habia entrado como principio fundamental de él la toma ó reconquista del castillo de Miravete, fortaleza antigua colocada en una escarpada eminencia, pero que dominaba los pasos del Ebro. Naturalmente, siendo los carlistas dueños del expresado castillo, podian pasar y repasar cuando mejor les conviniera la corriente del rio, pudiendo de este modo las facciones catalanas y aragonesas socorrer á las del Maestrazgo y Valencia, ó estas encontrar una fácil retirada por los vados de Miravete. El llevar adelante la toma de aquella fortaleza era una de las operaciones más importantes de la campaña, y al general Martinez Campos le cupo la gloria del ataque del referido castillo, que por su extratégica posicion pasaba por inespugnable.

Más antes de este célebre hecho de armas, otro de no escasa importancia habia dado mayor fama al caudillo de Cataluña. Ocupada la importante plaza de Olot por seis mil carlistas, debía el general en jefe destruir aquella madriguera de enemigos, y aceptó la empresa con la seguridad del vencimiento. Dispuesto el ataque, y puesto al frente de las columnas, penetró impetuosamente en dicha villa en medio del horroroso fuego de los enemigos. Estos quisieron sostenerse en el Hospicio y otros edificios de Olot, pero las columnas los asaltaron y toda resistencia fué inútil. Sin embargo, en medio de aquella desesperada lucha, principiaron á arder los puntos donde más resistencia habían hecho los carlistas, los cuales tuvieron que abandonar definitivamente [illegible]a, dejando numerosos prisioneros en poder de los soldados de Martinez Campos; sin embargo, este sabia que los enemigos se estaban reconcentrando en Monte Olivete y en Castellfullit, y sin perder un momento, sin cuidarse de un temporal espantoso, atacó decididamente al enemigo, dispersándolo al fin en todas direcciones.

Preocupada vivamente estaba la opinion pública con estos sucesos, admirando los hechos gloriosos del héroe de Cataluña, cuando el 10 de Junio apareció el decreto, por el cual, se encargaba del mando del ejército del Centro el general D. Joaquin Jovellar, lo cual indicaba que habia llegado el momento de principiar la campaña definitiva contra las imponentes fuerzas de los carlistas. Obedeciendo, por consiguiente, al plan á que hemos hecho referencia, Martinez Campos preparó una numerosa division de lo más florido de Cataluña, y sin que nadie supiera dónde se dirigia, se embarcó en Barcelona, y se dirigió á los Alfaques, llegando felizmente á este punto. Una vez allí, avanzó rápidamente por las riberas del Ebro, y el 20 de Junio se encontró delante del castillo de Mirabel, cuya posicion acabamos de explicar. El 23 habia colocado una batería Krupp y otra de Plasencia á 400 y 700 metros de la plaza, y dispuesto convenientemente las tropas para el ataque; acto seguido intimó la rendicion, la cual fué rechazada. Rompióse el fuego por ambas partes, con un encarnizamiento extraordinario; pero como no cesaba de caer una lluvia de granadas sobre la antigua fortaleza, ésta pidió 24 horas de suspension de hos-

tilidades, bajo el pretexto de esperar refuerzos, y en caso de que estos no llegasen, rendirse. Seguro el general de que los expresados refuerzos no llegarian, no tuvo inconveniente en conceder el plazo pedido por el enemigo; pues uno de sus preceptos era evitar en lo posible la efusion de sangre, puesto que los enemigos eran españoles, aunque españoles extraviados. Pasó, pues, el término pedido, y como los del castillo no tuvieran el esperado socorro, se rindieron á discrecion, quedando toda la guarnicion prisionera de guerra, compuesta de 33 oficiales y 555 individuos de tropa. Además, quedaron en poder de las tropas cuatro cañones y muchos pertrechos de guerra.

La toma del castillo de Mirabel ejecutada con tanta rapidez como buena fortuna, consternó á las facciones que vagaban por las orillas del Ebro; puesto que la posicion de dicha fortaleza era importantísima para las operaciones que habian de seguirse. Inmediatamente se pusieron en comunicacion el general Martinez Campos y el general D. Joaquin Jovellar, que mandaba el ejército del Centro, por lo que mientras el primero se dirigió á Morella para levantar el bloqueo de esta plaza que estaba completamente apurada, el segundo avanzaba por las gargantas y desfiladeros de Vistabella, de la Muela, del Elvot y el formidable paso de Monilló, dando en cada sitio de estos sangrientas y victoriosas batallas. Era muy comun en aquellas terribles montañas, oir el fuego de cañon de ambos campos, en aquellos diarios combates, hasta que al fin el 30 de Junio, rotos todos los baluartes enemigos, pudo Martinez Campos llegar á las inmediaciones de Cantavieja, plaza fuerte de los carlistas, en donde ya el general Jovellar habia establecido el sitio.

Extraordinaria fué la alegría de generales y soldados cuando se reunieron los del Centro con los de Cataluña, y desde luego se formalizó el asedio de la plaza, mientras los restos de las facciones dispersas, incansablemente perseguidas, se dirigian, bajo el mando de Dorregaray, á las montañas de Huesca. Con extraordinario encarnizamiento principió el sitio entre las tropas y los carlistas, arrojándose de nuestro campo una verdadera lluvia de granadas. El 3 de Julio no cesó un instante el fuego de la artillería, oyéndose á larga distancia: estallaban las bombas por todas partes y

ni durante la noche se cesó en el tremendo ataque. El 4 fué más ruda la embestida, con la llegada de la artillería de sitio, Cantavieja sintió caer sobre ella una tormenta de fuego; pero tanto aquel dia como el dia 5 resistió heróicamente.

El 6 por la mañana el fuego dela plaza habia disminuido mucho, y desde luego se comprendió que la resistencia no podia durar por más tiempo. En efecto, á eso del medio dia mandó un parlamentario con los preliminares de la capitulacion; pero éstos no fueron aceptados por el general Jovellar sino á condicion de que toda la guarnicion se rindiera como prisionera de guerra. Convencidos los carlistas que no tenian otro remedio que aceptar incondicionalmente las proposiciones del vencedor, entregaron la plaza, quedando prisioneros la junta carlista de Aragon, varios empleados civiles, el gobernador de Cantavieja, 170 jefes y oficiales, 50 cadetes y 1.600 individuos de tropa, quedando además en poder del ejército el personal del parque de artillería y todo el material de guerra.

Una vez vencido aquel último y formidable baluarte de las facciones valencianas y aragonesas; arrojado del Maestrazgo hasta el último carlista, el general Martinez Campos, que tanto habia contribuido al resultado de aquellas operaciones, se dirigió de nuevo á Cataluña, en donde le esperaba uno de sus más insignes hechos militares, esto es, la toma y conquista de la Seo de Urgel. Ya no era posible consentir por más tiempo que los carlistas fueran los señores de aquella plaza; y guiado por esta idea, avanzó hácia aquel punto, no sin barrer antes todas las facciones que desde la ocupacion del Maestrazgo andaban dispersas por Aragon y Cataluña. Para que la empresa tuviera el resultado apetecido, combinó todas las columnas que estaban sujetas á su mando para que no dieran un momento de descanso á las facciones de Dorregaray, Saballs, Tristany, Adelantado, Castells y otros, y dejando á retaguardia al general Jovellar, que habia de subir hácia la Seo, segun las necesidades de la guerra lo exigiera, avanzó definitivamente sobre esta plaza, llegando el 22 de Julio á sus inmediaciones.

Difícil y arriesgada era la empresa. La Seo de Urgel era y es una fortaleza antigua; pero que, por ser plaza fronteriza, habia recibido en diversas épocas grandes reparos y de-

fensas. Esta plaza estaba dividida en tres partes: primera, la ciudad de la Seo, que es la residencia de las autoridades, del obispo de aquella diócesi y la capital del Valle de Andorra; segunda, Castell-Ciudad, que es un arrabal muy poblado que está al pié de la ciudadela y castillos que rodean y defienden dicha plaza; y tercera, la expresada ciudadela y fortificaciones que dominan por completo todo el territorio. Solamente las erizadas puntas del Cuervo y de Montferrer están más altas que las fortalezas. Estas se encuentran perfectamente artilladas, y además de grandes almacenes de boca y guerra, hay un rio cristalino y apacible que corre entre los castillos y Castell-Ciudad, y el cual surte de agua á las guarniciones de dichas fortalezas. Explicada la situacion topográfica de estos terrenos, cosa indispensable para conocer la marcha de las operaciones que iba á emprender el general Martinez Campos, nos queda por decir que, sabiendo D. Cárlos el ataque que se preparaba contra la Seo de Urgel, habia mandado á ella uno de los más entendidos y fanáticos partidarios, cual era D. Antonio Lizárraga, antiguo y acreditado militar que antes de la revolucion habia mandado á los cazadores de Arapiles.

Preparada convenientemente la defensa, seducidos los carlistas con la esperanza de la victoria y las exhortaciones del obispo de La Seo, que estaba entre ellos, esperaron la llegada de Martinez Campos, el cual, por su parte, conociendo la importancia de la empresa y el riesgo que corria su crédito militar si no la alcanzaba, tomaba todas las determinaciones posibles para conseguir un rápido y señalado triunfo. Por consiguiente, su primer cuidado fué mandar arreglar los caminos para el paso de la artillería nuestra, que por la parte de Puigcerdá debia recibir el tren de batir, sin el cual era casi imposible rendir la fortaleza.

Pero estas dos operaciones eran lentas y penosas, y la impaciencia del general no podia prolongarse mucho ya, porque sabia que las facciones catalanas podian reconcentrarse para batirlo, y porque la tardanza era un mal precedente para su digna y elevada reputacion militar. Afortunadamente, el dia 26 recibió parte del tren de batir, y como contaba con batallones y soldados decididos, preparó el ataque contra la ciudad de La Seo, que es, como hemos dicho más arriba,

la parte baja de aquellos parajes. Dispuso las columnas, y el 28 por la mañana las arrojó sobre la poblacion. No esperaban los carlistas este ataque; pero se resistieron cuanto les fué posible: las tropas, especialmente los cazadores de Manila, avanzaron á la bayoneta, penetraron en las calles, y á la caida de la tarde, La Seo, propiamente dicha, es decir, la ciudad baja, estaba en poder de nuestras tropas. Inmediatamente, Lizárraga mandó un parlamentario diciendo á Martinez Campos que si no desocupaba la ciudad procederia al bombardeo de esta; pero el valiente general contestó que podia enviar cuantas bombas le diera la gana, seguro que ni un soldado de los suyos abandonaria la posicion que habia conquistado. Recibida esta respuesta, el jefe carlista disparó en pocas horas 250 proyectiles de cañon y mortero; pero en balde, pues nuestras tropas permanecieron en sus puestos.

Era necesario responder con nuevos actos de valor á la provocacion carlista, y el 30 dispuso el general Martinez Campos la toma de Montferrer que domina la ciudadela, entablándose al efecto una lucha encarnizada, en donde se peleó de una y otra parte con desesperada energía. La altura de Montferrer fué ocupada por nuestras tropas, pero tuvieron que abandonar la posicion por la distancia que habia del centro de las operaciones.

El 31 rompió el fuego Martinez Campos con dos cañones de á 12 sobre la torre Solsona y con seis de Plasencia sobre la ciudadela y Castell-Ciudad. El 1.° de Agosto, dicha ciudadela hizo 257 disparos, á los que el general Martinez Campos contestó con 320. Pero todo esto no eran sino simples escaramuzas que no podian dar resultados definitivos, puesto que para atacar la plaza conforme á las buenas reglas del arte militar, era necesario un numeroso tren de batir, y este, ya á causa de los temporales, ya por la dificultad que presentaban unos caminos abiertos en el seno de fragosas montañas, se retrasaba de tal modo, que era el 7 de Agosto y aún todavía no habia llegado á las inmediaciones de la plaza.

Sin embargo, no perdian el tiempo los sitiadores. El 9 rompieron estos un vivo fuego de cañon sobre las baterías de Montferrer á fin de ocultar las intenciones del general Martinez Campos, las cuales fueron colocar una batería á 600 metros de la ciudadela. Cuando al amanecer del 10 los carlistas

se vieron con aquel trabajo hecho con tanto valor como temeridad, rompieron un vivo fuego de cañon contra dicha batería; pero esta respondió dignamente, y de tal modo, que voló el polvorin de la batería carlista que más daño hacia á nuestro campo. Decidido estaba el general desde aquel momento no dejar un instante de reposo á los sitiados, y dispuso para el 11 un gran ataque contra los fuertes enemigos. Bien sabian los bravos batallones el esfuerzo de abnegacion y sacrificios que se les exigia, pero todos estaban dispuestos en columnas de ataque al amanecer de aquel glorioso dia, que hizo decir á Martinez Campos: «*Estoy orgulloso de mandar estos soldados.*» Y en efecto; una columna al mando del brigadier Tejada debia tomar la casi inexpugnable posicion de *El Cuervo*, que domina los fuertes enemigos, y otra al mando del coronel Pando debia posesionarse de la torre Solsona. Para comprender la importancia de esta operacion, baste decir que El Cuervo, la torre Solsona y la Ciudadela forman un triángulo, quedando en el centro de él Castell-Ciudad, que es el arrabal más inmenso de La Seo.

Dada la señal del combate, éste principió con energía y encarnizamiento por ambas partes: los carlistas sabian lo que se ventilaba en aquella funcion de guerra y peleaban como desesperados, y nuestros soldados como leones. Era una lluvia de fuego la que caia por todas partes, pues las baterías del campamento, la ciudadela, los fuertes todos arrojaban sin cesar torrentes de llamas, pareciendo que la tierra temblaba como si hubiera un terremoto. A eso del medio dia, el brigadier Tejada llegó á la posicion de El Cuervo y allí tuvo una lucha cuerpo á cuerpo con el enemigo. Repetidas veces tomó la posicion y otras tantas fué rechazado; mas al fin redobló sus esfuerzos con tal energía, que se apoderó definitivamente de la inexpugnable altura, colocando en ella la bandera de uno de sus batallones. Mientras esto acontecia en la altura citada, más brava, ruda y difícil era la contienda que nuestras tropas sostenian en Torre Solsona. Puesto el coronel Pando al frente de sus soldados, se lanzó á la carrera sobre Torre Solsona, llevando escalas para asaltarla al momento; pero desgraciadamente estas escalas resultaron cortas y fué necesario apelar á derribar la puerta y escalar el muro á fuerza de brazos y de osadía. Toda la mañana duró aquella

tenaz contienda, pero los soldados de Pando hicieron cuestion de honra militar aquella conquista, y á las dos de la tarde la Torre Solsona era tomada por asalto en medio del aplauso de todos los que presenciaban aquel importante acontecimiento. Cuando terminó esta triple accion, Castell-Ciudad estaba ardiendo por sus cuatro costados.

El 12 pidió Lizárraga se permitiese salir de Castell-Ciudad á las mujeres, niños y ancianos, puesto que estos infelices iban á sufrir sin culpa todos los rigores de la guerra, y el general Martinez Campos accedió generosamente á esta peticion. El 14 los carlistas prepararon un desesperado ataque contra nuestro campamento y contra La Seo, pero el brigadier Tejada los rechazó enérgicamente, distinguiéndose el batallon cazadores de Manila en este ataque, logrando que los carlistas quedasen reducidos á la impotencia. El 15 se repitió el ataque en medio de una nube de bombas, sin que consiguiese nada el enemigo; pero el 16 redobló sus esfuerzos con tal energía y denuedo, se arrojó tan violentamente contra nuestras baterías, que solo el valor de nuestras tropas pudo contener aquella desesperada embestida. Más de cinco horas duró la accion, pero al fin el enemigo fué duramente escarmentado, llevando consigo el esfuerzo de su impotencia y derrota.

Durante estos dias de incesantes combates, el tren de sitio habia llegado, y dispuestas las formidables baterías principiaron á arrojar proyectiles de dia y de noche sobre la ciudadela y los castillos; pero el enemigo respondia con igual teson sin que se notase en él la más pequeña debilidad. El general Martinez Campos comprendió entonces que habia llegado la ocasion de hacer el último esfuerzo y dispuso para el 20 una batalla que debia dar por resultado la toma de Castell-Ciudad. Era tan importante esta posicion, que si no se tomaba, el sitio se prolongaria largo tiempo y acaso no daria los resultados que era de esperar, en razon á que pasando por las inmediaciones de dicho punto el rio Belera, del cual se proveian de agua las guarniciones de la ciudadela y los fuertes, no habia otro remedio que posesionarse de Castell-Ciudad á fin de impedir que el enemigo se proveyese del agua necesaria para su abastecimiento. Preparóse para el 20, como hemos dicho, esta importante funcion de guerra, y en el

momento que el general Jovellar llegaba con una fuerte division al campamento de los sitiadores, principiaba un fuego mortífero y una de las acciones más encarnizadas de aquel célebre sitio. Pero con Martinez Campos estaba la fortuna y el valor, y al cabo de todo un dia de terrible y sangrienta lucha, despues de haber disparado 1.130 proyectiles huecos sobre los fuertes Castell-Ciudad, cayó en poder de las tropas, viéndose el enemigo obligado á retirarse de los fuertes, los cuales quedaron desde aquel instante incomunicados con la ciudadela. Permanecian en Castell-Ciudad algunas tropas, y el batallon de cazadores de Manila fué el encargado de vigilar el rio para que el enemigo no pudiera proveerse de agua. Con este motivo, desesperado el enemigo, hizo el 22 una vigorosa salida, á medida que las facciones catalanas arremetian por la parte de afuera: todo el dia y toda la noche duró el combate; mas viendo que no era posible apoderarse del rio, sin vencer á los cazadores de Manila, faltando por último el agua por completo á la guarnicion, y despues de otra impetuosa salida verificada el dia 23, los fuertes pidieron rendirse; mas como no lo consintiese Lizárraga, principió un fuego horroroso que acabó porque saliera de la ciudadela una comision pidiendo la suspension de hostilidades. Deseoso el general Martinez Campos de evitar la efusion de sangre, y sabiendo que el enemigo no tenia otro remedio que rendirse, accedió á la peticion. Sin embargo, Lizárraga creyó de su dignidad seguir hasta el último extremo y pidió el asalto; pero encontró una resistencia tenaz en sus soldados, y el 26, en la tarde, se firmaron los preliminares para la rendicion de los fuertes, quedando la guarnicion prisionera con honores de guerra por su brillante defensa.

El 26 de Setiembre se entregó la ciudadela, quedando en poder de Martinez Campos 4 morteros, 6 obuses, 6 cañones lisos y 2 Krupp. Los prisioneros fueron 148 jefes y oficiales, 877 individuos de tropa y 108 heridos. El general carlista Lizárraga quedó á su vez constituido prisionero como al mismo tiempo el obispo de Urgel, que era uno de los más fanáticos defensores de la causa del pretendiente.

Este glorioso triunfo, debido á la pericia militar del gegeneral Martinez Campos, acabó con la guerra de Cataluña.

CONCLUSION.

Despues de los extraordinarios sucesos que acabamos de describir, nos queda por relatar la campaña gloriosa y admirable que el general Martinez Campos hizo en el Norte de España, y con la cual se puso término á la guerra civil. Pacificada Cataluña, todas las facciones que en ella habia se retiraron unas á Francia y otras se marcharon á las Provincias para aumentar las fuerzas del Pretendiente; mientras tanto, decidido el gobierno á dar la última batida al ejército carlista, llamó á Madrid á los generales D. Genaro Quesada y al referido Martinez Campos, para arreglar el plan definitivo de guerra que habia de seguirse.

Todo el mes de Diciembre se pasó en la combinacion de estos difíciles proyectos, ocupándose en el ínterin el general Martinez Campos en organizar los ejércitos del Centro y Cataluña, que bajo la denominacion de *Ejército de la Derecha*, habia de operar en la parte alta de Navarra y las Vascongadas. Este ejército se dividió en dos cuerpos y cinco divisiones, mandado el primero por el general Blanco y el segundo por el general Montenegro.

El 14 de Diciembre apareció el real decreto por el que quedaban organizados definitivamente los cuerpos de operaciones y nombrado general en jefe en propiedad del ejército de la derecha el referido Martinez Campos. El 16 publicó este un oportuno bando para asegurar la completa pacificacion del Principado, y el 22 salió de Madrid acompañado de los generales Quesada y Primo de Rivera, teniendo la despedida más afectuosa de todas las clases de la sociedad.

Los grandes temporales del invierno y las exigencias de las operaciones, obligaron á los tres generales á permanecer en Zaragoza hasta que de nuevo fueron llamados por el gobierno para celebrar los últimos consejos que habian de verificarse delante del Rey, siendo el principal de todos el del 3 de Enero del año 1876, y de cuyas resultas cada general salió inmediatamente para su respectivo destino.

Todo el referido mes se pasó en aguardar á que cesasen los recios temporales de la estacion; pero el dia 26 principió el movimiento por el ejército de la izquierda al mando del general Quesada, en tanto que el 28 iniciaba el suyo el general Martinez Campos por medio de un brillante ataque, á fin de salvar las posiciones del Elcano y Alzuza. Difícil era esta primera operacion; pero á pesar del mal estado de los caminos, todas las posiciones enemigas se tomaron á la bayoneta, siendo el primero en las fatigas y penalidades el dignísimo caudillo que con tanta inteligencia los dirigia al combate.

La mision especial del ejército de la derecha, segun el plan de campaña, adoptado era cerrar todos los pasos de la frontera para evitar la retirada de los carlistas que debian replegarse por los ataques contínuos y simultáneos del ejército de la izquierda. Era, pues, una mision la más difícil y comprometida, por cuanto el general Martinez Campos tenia que penetrar en la parte más montañosa de los Pirineos, acampar en las más inaccesibles alturas, descender á los valles del Baztan y de Roncesvalles y por las gargantas que dan comunicacion con la vecina Francia, caer como una abalancha sobre los carlistas. Pues bien, dos dias despues de los combates de Alzuza, principió aquella magnífica marcha, que ha sido objeto de admiracion de todos los militares del mundo, por medio de las cumbres de los Pirineos. Siempre á la vista del enemigo y teniendo que estar batiéndose sin cesar, organizó de tal modo su ejército, que no perdió un soldado, ni un cañon, ni un caballo, á pesar de estar rodeado de fuertes divisiones enemigas. El primero que llegó á las cumbres más altas del Pirineo, fué el cuerpo mandado por el general Blanco, donde acampó por dos dias sin comer y sin agua, con una heroicidad admirable; al mismo tiempo la division Prendergast sostenia un vivo combate de retaguardia mientras Martinez Campos arrollaba en Arroyoz á los enemigos y desembocaba victoriosamente en Elizondo, de una manera tan inesperada y asombrosa, que todos los militares quedaron admirados de aquella marcha que parecia imposible haberse efectuado.

Avanzaba en tanto por la parte baja de Navarra el ejército de la izquierda, y viéndose los carlistas entre dos fuegos,

los combates habian de ser terribles en aquella última y desesperada contienda. Estella, la ciudad sagrada del carlismo, acababa de sucumbir bajo la pericia del general Primo de Rivera, y el mismo Rey Alfonso XII, tomando el mando general del ejército, acababa de presentarse en el teatro de la guerra para acabar con los últimos esfuerzos de los carlistas.

Derrotados estos en la izquierda, se presentaron con numerosas fuerzas á Martinez Campos; pero este despues de haber cruzado el Valle del Baztan, que era el centro más inespugnable del carlismo, dió nuevamente las victoriosas batallas de Arquinzo, Peña Plata, Monte del Centinela y Vera, batallas de grandes resultados, puesto que además de aniquilar los regimientos enemigos, se hacia dueño de toda la artillería de estos.

A Martinez Campos le cupo la gloria de dar la última accion en Valcárlos á los carlistas, y tambien tuvo la satisfaccion de ver desfilar las diezmadas huestes de los rebeldes por el puente de Arnegui, penetrando en Francia para dejar pacificada la España. Vencedor modesto y generoso, dejó desfilar á los infelices que fanatizados por una idea iban á expiar sus errores en suelo extranjero, y no quiso aumentar su infortunio con una doble derrota, en donde hubiera sido inútil el derramamiento de sangre de un enemigo vencido ya por cien veces en los campos de batalla.

Así terminaba la guerra carlista, cabiéndole la gloria al general Martinez Campos de la mejor parte de los heróicos hechos de armas verificados en ella.

El mes de Febrero fué bastante para lograr tan soberbios resultados; así es que publicó la siguiente

Orden general del Ejército de la Derecha, dada en Pamplona el 26 *de Febrero de* 1876.

«SOLDADOS: Cuando despues de terminadas las campañas del Centro y Cataluña vinísteis á reforzar el ejército del Norte, todas las esperanzas de España eran que pacificaríais igualmente el reino de Navarra. Vuestros hechos han sobrepujado á todos los cálculos: con una bizarría digna del soldado español, habeis tomado en dos gloriosos y rudísimos combates una plaza de primer órden; Estella, la ciudad santa del carlismo. Ante ella habeis probado lo que vale el sol-

dado del Centro y Cataluña; mucho debe la patria al segundo cuerpo.»

»El primero y la division de reserva han hecho una fatigosa marcha atravesando los Pirineos, acampando en lo rudo del invierno sin agua y hasta sin raciones, han combatido con un valor que tiene admirados á los franceses, en Arquinzo, Peña Plata, Monte del Centinela y cercanías de Vera; han cerrado la frontera á los carlistas; han levantado con su sola presencia el sitio de San Sebastian y Hernani; han contribuido á la pacificacion de Guipúzcoa, y dentro de breves dias el ejército de la derecha podrá contar entre sus timbres de gloria la pacificacion de Navarra, baluarte de los carlistas, llevada á cabo en un mes de crudo invierno.»

»Ni una falta he tenido que corregir: habeis sufrido el hambre, la sed y las fatigas con la virtud propia de los héroes: sangre generosa nos ha costado esos triunfos, pero cuando os halleis en vuestras casas tendreis el orgullo de decir como yo: «Estuvimos en Cantavieja, en Seo de Urgel, en Peña Plata y en Estella.»

»Soldados: ¡viva España! ¡Viva el Rey! ¡Viva la paz! ¡Viva el ejército de la derecha!

»Vuestro general, *Arsenio Martinez Campos.*»

Esta proclama lo dice todo, y réstanos contar que como recompensa popular otorgada al héroe de tantas victorias, cuando el 20 de Marzo entró Martinez Campos en Madrid al frente del heróico ejército que habia conducido tan gloriosamente á las batallas, fué victoreado frenéticamente en todas las calles de la carrera, lloviendo sobre EL HÉROE DE CATALUÑA un sin número de coronas, flores, palomas y versos que á porfía le arrojaban desde los balcones las damas más elegantes y distinguidas de la córte.

El Rey y la nacion recompensaban á su vez al general Martinez Campos, nombrándole capitan general de los ejércitos españoles, cuyo decreto apareció en la *Gaceta* del 28 del mes de Marzo del año 1876.

Tal es la historia del Héroe de Cataluña, la más notable de cuantas en la carrera militar hemos conocido. El ilustre general es hoy la esperanza de la patria.

FIN.